

Dos mundos para la radio

Vivimos tiempos turbulentos y el lenguaje no escapa de sus efectos. Escuchamos menos, hablamos de manera más precaria, hemos reducido la capacidad de verbalizar lo que nos pasa y, en muchos casos, el ser humano se ha refugiado en la imagen o en la virtualidad del chat telefónico o de las computadoras para decir o parecer que está comunicado.

La radio, a pesar de todo, sigue siendo un medio de comunicación vital, generoso, cercano y comprometido con aquellos que desean construir comunidades tolerantes, respetuosas y desarrolladas.

Benjamín Fernández Bogado

En general su programación hablada intenta cohesionar y vincular temas y personajes con los que el ciudadano interactúa y construye comunidad. El filósofo norteamericano John Dewey lo resumía en una fórmula: comunidad más comunicación igual a democracia. Habría que ver si el resultado de este sistema político que entusiasma poco—como lo dice el informe del PNUD en 2004—no es más una consecuencia de la notable fragmentación de las comunidades por efecto de migración, inmigración, urbanización, pobreza, educación no adecuada y poca cobertura sanitaria o si, por el contrario, ello ocurre porque esos mismos fenómenos sociales, económicos y políticos se han trasladado al plano de la comunicación con sus notables efectos de precarización del lenguaje y ausencia de información adecuada que permite hacer ciudadanos de los habitantes.

En esos dos mundos vive la radio latinoamericana hoy día, buscando afanosamente capturar la atención de unas audiencias errantes, infieles y desatentas que muchas veces se identifican muy poco con lo que escuchan o lo que se dice en los medios. Pareciera como si estuviéramos hablando en un idioma dis-

tinto y confuso que lleva a retratarnos todos los días en la bíblica Babel que dio nombre a un maravilloso filme del mismo nombre del cineasta mexicano González Inárritu donde describe cómo en distintas sociedades al mismo tiempo y con las mismas tecnologías, el ser humano está más solo a pesar de vivir en apariencia más comunicado.

El error es creer que la tecnología sintetiza ese fenómeno complejo y rico que denominamos comunicación. Hemos vulgarizado y endiosado a los soportes de los medios pero no los hemos enriquecido con un lenguaje provocador, estimulante o sugerente que aporte nuevos matices al desarrollo de ideas renovadas encaminadas a entender el tiempo que vivimos.

Hay una especie de fetichización de lo tecnológico y un escaso análisis sobre la notable pérdida de capacidad para expresarnos como animales racionales. Hoy un joven latinoamericano usa menos de 300 palabras del español para comunicarse, dice el ex rector de la Universidad de Buenos Aires, Guillermo Jaim Etcheverry, en su libro *La tragedia educativa* y que tiene ribetes aún más trágicos en un país y en una ciudad donde había una larga tradición de debate, polémica y argumentación. Es probable que la pérdida del po-

der político como factor generador de adhesiones basadas en ideas, programas o propuestas sea más consecuencia que origen de esta pobreza democrática que hoy parece invadir grandes espacios de la vida cotidiana en nuestra Latinoamérica común. Se ha colocado la imagen rápida, sucesiva mezclada con los sonidos más agudos o estridentes para capturar adhesiones que son tan ligeras como evanescentes.

Las democracias de sordomudos se han mezclado con los discursos largos, monótonos y efectistas con que algunos líderes emergentes intentan captar la atención de unos prosélitos más interesados en las consecuencias de sus adherencias que en el valor de las ideas, si es que existen. Ese liderazgo político que usa y abusa de los medios con discursos largos llenos de citas efectistas, como las de Chávez en Venezuela, resumen en gran medida la enfermedad de nuestro tiempo: la ausencia de un verbo movilizador.

Recuperar el lenguaje

La radio se encuentra hoy inmersa en la necesidad de reflejar estas angustias por un lado y, por el otro, someterse al *rating* bajando los niveles de calidad de



La radio, un medio vital, generoso y comprometido.

Foto: Isaac Esquivel / Cuartoscuro.

sus programas o, en el mejor de los casos, comprometerse con la reivindicación de la palabra que construye comunidad y que lógicamente hace que la democracia sea un sistema político que entusiasme y haga participe a la sociedad de la búsqueda de su propio bienestar. No es tarea fácil en medio de unas demandas comerciales donde muchas veces lo burdo, lo banal o lo intrascendente domina gran parte de la programación diaria. Pero en medio de esta complicada situación hay emisoras que siguen buscando la información oportuna y útil, de manera que el ciudadano produzca mejores condiciones de vida a través de una participación más seria, informada y responsable. Son aquellas emisoras donde el debate es manejado por comunicadores respetuosos de las ideas e intolerantes con el agravio, aquellos que no quieren ser legisladores sino intérpretes de su tiempo, los que ambicionan que una sociedad mejor informada produzca sistemas políticos más tolerantes y menos violentos, para generar en consecuencia mayores esperanzas en tiempos en que el miedo parece inmovilizar las mejores ideas.

El verdadero poder de los medios es la recuperación del lenguaje para la sociedad y que ella haga suya de nuevo el verbo que construye imaginarios colectivos donde el desarrollo (ser más, no tener más) tenga un verdadero sentido revolucionario, de cambio y de compromisos hacia el futuro.

Es tiempo de reclamar a los comunicadores radiales no sólo una mejor utilización del lenguaje sino el renacer de formatos periodísticos que permitan comprender cuestiones complejas y di-

námicas como reclaman nuestras audiencias tan distintas y variadas.

Vivimos una triple crisis: la de destino, la de valores y la de identidad. La radio puede ayudar en mucho a resolverlas con una programación balanceada y orientada a la recuperación de la autoestima sin caer en el nacionalismo perturbante, o a la valorización de nuestras costumbres que nos han permitido sortear en otros tiempos difíciles navegaciones procelosas. Resulta preciso reclamar con inteligencia la participación de los sectores mejor preparados para que los desheredados y pobres tengan oportunidades, lo cual es finalmente lo único que define a una democracia verdadera de otra falsa o de fachada. Ser simple caja de resonancia de nuestras angustias no resuelve los problemas; creer que la identidad supone la exclusión del otro es una muestra de intolerancia decadente que sólo presagia la continuidad de los conflictos; medrar sobre la confusión terminará por acabar con el mismo medio y sus avisantes que creen erróneamente que ella es también una oportunidad de negocio.

Los medios que creyeron en eso durante la recesión norteamericana del siglo pasado hoy son parte de la historia trágica de quiebras y bancarrotas económicas. La crisis es también una oportunidad siempre que la entendamos como tal. Es el fin de un modelo y la necesidad de pensar en otro que permita mejorar las condiciones de vida de millones de pobres que hoy forman parte lamentable del asiento contable en cifras rojas de nuestras democracias. La pobreza material es también consecuencia de la pobreza del lenguaje y viceversa: de la confusión,

de la degradación por el *rating*, de la innecesaria tarea de agitar los bajos instintos como fórmula que permita capturar la angustia, la soledad y el miedo en el que viven millones de latinoamericanos. Muchos no quieren ver los problemas y buscan la evasión como fórmula, desconociendo que cada vez que no resolvamos nuestra triple crisis (identidad, valores y destino), ella retornará con nuevos rostros donde la violencia que ha colocado al miedo como un perturbador elemento cotidiano, puede concluir posicionando de nuevo a los gobiernos autoritarios sobre cuya experiencia tenemos mucho que contar en el subcontinente.

¿Cómo lograr que la esperanza sepulte al miedo como fuerza transformadora? Es una pregunta que perturba pero también desafía la imaginación de los radialistas del siglo XXI. Allí es donde debemos apalancar nuestra capacidad creativa que encuentre en la crónica bien contada, el comentario atinado, el reportaje oportuno, la entrevista esclarecedora o el editorial justo, formas que nos permitan volver a recrearnos, en el sentido más amplio del concepto, sobre la inacabada capacidad del ser humano de maravillarse con su propia creación.

En esta Babel moderna pareciera que en los medios sólo triunfa el pícaro, el descarado, el incoherente, el cínico y aquel que cree que con sus mentiras, bajezas y picardías nos ha sometido a todos a la condición de vasallos. No cuentan, sin embargo, con la capacidad humana de maravillarse con el elemento creador de la palabra que encuentra en la radio una manera de prolongarse y reconstruir aquello que como comunidad hoy parece fragmentada o dividida.

Un diálogo más cercano con la gente

La cercanía de la radio y de otros medios de comunicación al poder político le ha sacado legitimidad en muchos casos y la ha vuelto sospechosa ante los oyentes. Hoy los medios le hablan más al poder que al ciudadano. Encuentran en sus personajes de ocasión una manera cotidiana de generar polémica y atención: éstos se retroalimentan mutuamente generando ante el oyente un nivel de confusión que no se compadece con la tarea de dar el poder al ciudadano a través de un servicio de comunicación que le permita saber para participar mejor. Hay que recuperar, en ese sentido, la perspectiva del medio con referencia a su mandante principal y colocar el eje del debate sobre la calidad de sociedad que pretendemos. Si ella es participativa y lúcida, la democracia gana en densidad y pro-

porcionalmente la pierde poniendo en riesgo a su paso el propio sistema político que lo sostiene. El poder de la comunicación es, por tanto, el de construir ciudadanos participativos, vigilantes y que enriquecidos por medios a su servicio generan democracias más prósperas y capaces de enfrentar los retos actuales.

Establecer límites más claros entre el poder, sea éste económico o político, ayudará en la recuperación de la fuerza de la palabra y ahuyentará a su paso a los cínicos que generalmente encuentran justificación ante la pasividad y el silencio de los comunicadores arrinconados por sus peores miedos. La comunicación, la auténtica, la que se nutre de comunidades sólidas, debe ser la meta y no la simple instrumentación tecnológica que parece acercarnos cuando en realidad vivimos cada vez más solos y lejanos. La tremenda capacidad de la radio para ser escuchada con facilidad en cualquier sitio debe ser una ventaja que requiere hoy de programas atractivos y con comunicadores cultos e inteligentes: se erige en una oportunidad para rescatar el fuego del lenguaje que agrupa y que permite entender lo que nos pasa y fundamentalmente por qué nos pasa.

En esa tarea que demanda esfuerzo, inteligencia y compromiso, la radio volverá de nuevo a legitimarse con audiencias participativas que reclamen una mejor calidad de sus gobernantes. Aquella frase popularmente repetida de manera casi punitiva que dice: "cada pueblo tiene el gobierno que se merece", en realidad debe ser cambiada por aquella que afirma: "cada pueblo tiene el gobierno que se le parece". En eso, los medios ayudan a perfilar tanto al ciudadano y su consecuencia jurídica que es el gobierno, como al administrador de sus mandatos y compromisos. En medio de tal angustia informativa, la radio tiene la tarea de reencauzar un debate que permita devolver una mirada esperanzadora hacia nuestras comunidades fragmentadas, uniéndolas en un lenguaje identitario que permita visualizar con mayor claridad el destino de nuestras democracias en estos tiempos procelosos y angustiantes.

La primera tarea a la que debe abocarse con pasión y urgencia la radio en los tiempos actuales, es la de recuperar el lenguaje creador, motivador y fortalecedor de vínculos. Revalorizar los formatos es el siguiente paso y devolver con ello la capacidad de expresar lo que nos pasa, lo que nos duele o lo que nos angustia de una manera que huya del insulto soez de ocasión con el que refleja los más nuestros temores que nuestras

certezas. Necesita también devolver el objeto del diálogo en el oyente quien parece hoy alejado de comprender su sistema político que lo toma en cuenta sólo en cada proceso electoral. La radio tiene hoy la necesidad de enriquecer el lenguaje e incluir a su paso a nuevas generaciones que hoy la tienen únicamente como parte de su divertimento o evasión de turno.

Debemos aumentar con la palabra nuestros nichos de audiencia y hacerlo sobre formatos atractivos que al mismo tiempo informen y construyan un lenguaje enriquecedor e identitario. Si lo podemos hacer desde una perspectiva creativa habremos aportado mucho a estos tiempos donde lo único cierto parece ser la incertidumbre y donde la reacción más común es la evasión, el juego o el entretenimiento pero nunca la comprensión de los hechos y las alternativas que tenemos para superar la pobreza, la crisis financiera, la migración y la inmigración que han tornado el horizonte de nuestros pueblos bastante pesimistas en su conjunto.

Si la palabra vuelve a ser el basamento que reconstruya las comunidades y los medios comprenden su rol rectificador de manera urgente, resulta lógico presuponer —dentro de la fórmula de John Dewey— que nuestras democracias volverán a ser entusiasmantes y ricas en participación y calidad de debate.

Los medios de comunicación, y la radio en particular, le deben a las democracias latinoamericanas un compromiso mayor que la simple justificación de que los tiempos actuales son tan complejos que la gente huye de las palabras y de los compromisos y que sólo consume lo banal, lo grotesco o lo intrascendente. Muy por el contrario: lo que requerimos es lo opuesto para permitir que millones de habitantes se conviertan en ciudadanos activos y que las condiciones sociales, políticas y económicas de nuestras democracias formales adquieran un rol rectificador para beneficio colectivo y de la radio en particular.

Los grandes momentos de la historia, y éste es uno de ellos, siempre dieron paso a reconversiones creativas entre los seres humanos. Una de ellas es recuperar la fuerza del lenguaje para incorporarlo como factor creativo, unificador y provocador en sociedades que requieren superar la fragmentación. Esto puede ser un paso fundamental que reditúe en democracias más sólidas y participativas. 

Periodista paraguayo. Doctor en Derecho y Ciencias Sociales. Becario de la Knight International Journalism Fellow en México.

Radio Educación,
donde se piensa la radio



FONDO PARA LA CREATIVIDAD RADIOFÓNICA

Radio Educación y el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes convocan a estudiantes de nivel superior a participar en su *Fondo para la Creatividad Radiofónica*.

Temáticas:

- Bicentenario de la Independencia de México
- Centenario de la Revolución Mexicana

Categorías participantes:

**RADIOREPORTAJE,
RADIODRAMA,
RADIOREVISTA,
PROGRAMA INFANTIL,
PROGRAMA MUSICAL Y
EXPERIMENTACIÓN
ARTÍSTICA SONORA.**

Premios: \$25,000.00
PARA CADA CATEGORÍA Y
LA TRANSMISIÓN DE LOS
PROGRAMAS GANADORES
POR EL 1060 DE A. M.

Cierre de la Convocatoria:
8 de mayo de 2009

Consulta las Bases de Participación en:
www.radioeducacion.edu.mx



Vivir Mejor

Copyright of *Revista Mexicana de Comunicacion* is the property of Eco Informacion, S.C. and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.